

---

## LIBRO II

San Ignacio de Loyola.

1540-1556

### CAPÍTULO PRIMERO

#### PRIMEROS ESPAÑOLES QUE ENTRARON EN LA COMPAÑÍA

SUMARIO: 1. La primitiva Compañía, formada en gran parte por españoles fuera de España.—2. El bachiller Diego de Hozes.—3. Los dos hermanos Diego y Esteban de Eguía.—4. Francisco Estrada.—5. Antonio de Araoz.—6. Jerónimo Doménech.—7. Pedro de Ribadeneira.—8. Vocaciones españolas fuera de España después de aprobada la Compañía. Mirón, Oviedo, Villanueva, Miguel de Torres.—9. Juan de Polanco.—10. Jerónimo Nadal.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. Polanco, *Hist. S. I.*—3. *Vocaciones nostrorum*.—4. Ribadeneira, *Vida de S. Ign. Hist. de la Asistencia. Confesiones*.—5. Simón Rodríguez, *De origine et progressu S. I.*—6. B. Fabro, *Cartas*.—7. Nadal, *Diarium Vocationis*.—8. Cámara, *Memorial*.—9. La Palma, *Vida manuscrita del P. Ribadeneira*.

1. Es un hecho bastante singular, que habiendo nacido fuera de España la Compañía de Jesús, sin embargo, las primeras vocaciones que se despertaron para ella, fuesen en gran parte de españoles. Recuérdese la patria de los siete que hicieron el voto de Montmartre el 15 de Agosto de 1534. Sólo el B. Pedro Fabro había nacido allende los Pirineos. Ignacio era guipuzcoano; Javier, navarro; Laínez y Bobadilla, castellanos viejos; Salmerón, toledano, y Rodríguez, portugués (1). ¿Sucedería esto porque el carácter de nuestro pueblo se prestaba entonces mejor que el de otras naciones al género de vida apostólica que Dios quería establecer en la Iglesia? ¿Sería tal vez la causa, que Ignacio, poco diestro y expedito en el uso de la palabra, se explicaba mejor con sus compatriotas, y les podía comunicar con más exactitud las ideas que meditaba? Algo influirían en el hecho

(1) Véase el c. v del l. i.

estas razones humanas; pero alzando un poco más la consideración, podemos piadosamente atribuir este fenómeno á la suave providencia de Dios, que ejecutaba en este punto particular, el plan general que parece haber formado sobre los destinos de nuestra península en aquel siglo.

España y Portugal debían en el siglo xvi sostener la fe en Europa, y dilatarla en los nuevos mundos. Queriendo, pues, Dios levantar en la Iglesia una Orden religiosa que había de contribuir á este fin, se dignó escoger á un español para Padre de esta Orden, y despertar desde luego entre nosotros numerosas vocaciones á ella. Además, la situación política de España en aquel siglo favorecía á este mismo intento, pues como los españoles estaban entonces muy derramados por Europa y por el Nuevo Mundo, tenían más facilidad para comunicarse con todas las naciones y difundir en ellas el bien que Dios deseaba hacer por medio de la Compañía de Jesús.

2. El primero que se agregó á ella después de los diez reunidos en París, fué el bachiller Diego de Hozes, malagueño (1). Hallábase en Venecia el año 1536, cuando San Ignacio esperaba allí á sus compañeros de París. Trabaron amistad los dos, no sabemos con qué ocasión, y el bachiller, que era hombre bueno y bastante dado á las cosas espirituales, se dejó persuadir por el santo á entrar en Ejercicios. Mas como entonces corrían entre el vulgo tan extraños rumores acerca de Ignacio y de su doctrina, temiendo Hozes no le metiese en algún error contra la fe, prevínose para hacer los Ejercicios con gran cantidad de libros teológicos, que encerró consigo en su aposento. Pronto se desvanecieron sus temores, y enardecido con las meditaciones que le daba el santo patriarca, se le entregó por perpetuo discípulo. Desde aquel punto nunca se apartó de Ignacio y sus compañeros, é indudablemente hubiera sido nombrado en los diplomas apostólicos que confirman la Compañía, si la muerte no le hubiera sorprendido antes de que se verificara la fundación. Trabajó fervorosamente en los ministerios apostólicos durante todo el año 1537; pero á principios de 1538, cuando, junto con el P. Coduri, predicaba en Padua, le llamó Dios á gozar el premio de sus trabajos.

3. Casi al mismo tiempo que el bachiller Diego de Hozes, se encon-

(1) De él hablan todos los historiadores de la Compañía, repitiendo las pocas noticias que nos dieron el P. Simón Rodríguez (*De origine et progressu S. I.*, p. 51 y siguientes), Ribadeneira (*Vida de S. Ign.*, l. II, c. VI) y Polanco (*Vita P. Ign.*, c. VIII). Sólo sabemos su patria, siéndonos desconocida su edad, su familia y las demás circunstancias de su persona.

traron con Ignacio en Venecia dos hermanos, antiguos amigos suyos, llamados Diego y Esteban de Eguía, navarros y naturales de Estella (1). Habían conocido á San Ignacio cuando éste estudiaba en Alcalá. Diego había hospedado por entonces en su casa, no sólo al santo, sino también á sus compañeros, y lo que es más, como Ignacio se emplease en obras de caridad remediando á los pobres, y se hallase tal vez falto de medios, acudíale generosamente Diego en estos casos, y hubo ocasión en que le franqueó todas sus arcas, rogándole que tomase cuanto quisiese de sus vestidos y alhajas, para socorrer á los necesitados (2). Estos dos hermanos habían hecho una piadosa peregrinación á Jerusalén, y desembarcando en Venecia á fines de 1536, tropezaron allí con Ignacio, que esperaba á sus compañeros de París. Reanudada felizmente la antigua amistad, se dieron desde entonces por discípulos de nuestro santo Padre. Verdad es que su agregación definitiva á la Compañía no pudo efectuarse desde luego, por los negocios domésticos que primero hubieron de desenredar. Diego entró pronto en la Compañía, y ya á principios del 1540 se dirigió á París para terminar sus estudios (3). Años adelante fué confesor de San Ignacio, y murió mes y medio antes que él, con grande sentimiento de los Nuestros, á quienes había prometido revelar cosas estupendas sobre la virtud interior de Ignacio, si Dios le permitía sobrevivir á éste siquiera una hora. Esteban de Eguía no pudo cumplir tan pronto sus buenos deseos. Los negocios de su casa le detuvieron en Estella unos ocho años, y entonces entró en el grado de coadjutor temporal (4).

4. Al mismo tiempo que expiraba el bachiller Hozes, gastado por las

(1) El P. Orlandini (*Hist. S. I.*, l. I, núm. 119) llama pamploneses á los Eguías; pero, según todas las probabilidades, eran de Estella, donde tenían casa puesta, según lo indica Ribadeneira (*Hist. de la Asistencia de España*, l. I, c. 1), y donde era muy conocido desde tiempo atrás el linaje de los Eguías.

(2) Véanse estas noticias en Cámara *Vida del P. Ign.*, c. v.

(3) Vide Polanco, *Hist. S. I.*, t. 1, p. 85. Durante el año 1539 los dos hermanos Eguías debieron vivir en Roma al lado de San Ignacio, como se infiere de las cartas del P. Estrada, quien, escribiendo á San Ignacio, solía enviar recuerdos para estos dos hermanos. (Véase *Epistolae mixtae*, t. 1, pp. 30 y 41.)

(4) He aquí el elogio breve, pero muy significativo, que hace el P. Polanco de los dos hermanos Eguía: «*Inter eos, qui ante confirmationem Societatis, illi se adjunxerunt, fuit vir puritatis et charitatis admirandae, Didacus de Eguia, navarrus, jam ab ineunte aetate perfectionis evangelicae studiosus. Is postquam Hierosolymis rediit cum fratre Stephano de Eguia, natu majore (simplicitatis, innocentiae et probitatis similitudine vere germano) P. Ignatio adhesit et ejus confessarius fuit.*» (*Hist. S. I.*, t. 1, pág. 85.)

fatigas de la predicación, suplía Dios su falta con otro español, que había de conseguir inmenso fruto en las almas con su palabra elocuente y fervorosa. Francisco Estrada, nacido en Dueñas, cerca de Valladolid, por los años de 1516 (1), había pasado á Italia muy joven, y por influjo del Dr. Ortiz obtuvo una plaza de paje en casa del cardenal Caraffa. Al cabo de algún tiempo fué despedido, no se dice por qué, de casa del Cardenal. Desamparado de todo fervor humano, encaminóse á Monte-Casino, á principios de 1538, en busca del Dr. Ortiz, que allí hacía Ejercicios, para ver si por su medio conseguía alguna otra colocación. Esto dicen algunos autores más modernos; pero el P. Polanco indica, que el joven se encaminaba á Nápoles con ánimo de sentar plaza de soldado (2). Cualquiera que fuese el intento de Estrada, quiso Dios que en el camino tropezase con San Ignacio, que volvía de Monte-Casino, después de dar los Ejercicios al Dr. Ortiz. Trabaron ambos conversación, y nuestro santo Padre, con aquel don sin igual que poseía para transformar los corazones, conmovió de tal modo el de Estrada, que renunciando éste á sus primeros designios, volvió con Ignacio á Roma, entró luego en Ejercicios y terminados éstos con mucho fervor, se agregó á la Compañía.

5. El mismo año 1538 fué á buscar á Ignacio en Roma un joven doctor teólogo, algo pariente suyo, y que había de hacer un papel muy importante en la historia de la Compañía. Nacido en Vergara el año 1515 (3), y graduado de doctor en Salamanca, el joven Antonio de Araoz, admirado de las cosas que oía contar de San Ignacio, cuya permanencia en Azpeitia en 1535, había dejado tan edificantes recuerdos, resolvió ir en su busca, y después de algunos viajes infructuosos, dió con él en Roma el año 1538, precisamente al tiempo que la fama de San Ignacio y de sus compañeros andaba tan malparada

(1) Sólo aproximadamente podemos designar el año en que nació Estrada, pues Polanco y otros autores de aquel tiempo insinúan que cuando entró en la Compañía tenía veinte ó veintidós años de edad.

(2) Véase *Sumario de la Hist. de la Comp., ad finem.*

(3) Hemos leído en algunos autores que el P. Araoz nació en 1516; pero el P. Ribadeneira, que tanto le trató ya desde los principios, precisa su edad con estas palabras: «El cual Araoz, habiendo estudiado y graduándose en Salamanca, siendo mozo de solos veintitrés años, fué á Roma en busca de nuestro B. P. Ignacio.» (*Hist. de la Asistencia*, l. 1, c. 1.) Como la llegada de Araoz á Roma fué en la primavera de 1538, según se infiere del mismo pasaje de Ribadeneira, resulta que debió nacer en 1515. Su parentesco con San Ignacio era por afinidad, pues una tía suya, Magdalena de Araoz, se había casado con el hermano mayor de San Ignacio. (Véase Polanco, *Hist. S. I.*, t. 1. Árbol genealógico puesto al fin.)

por las calumnias de aquel hereje piamontés. Dicen algunos autores, que ya entonces tenía intento Araoz de entrar religioso, pero el P. Polanco significa que eran otras las ideas del recién llegado. «Vino á Roma, dice, con *diseños de mundo*» (1). Los hermosos vestidos de seda que llevaba consigo daban á entender que no era su ánimo abrazar la pobreza evangélica. Algo habría influído en este viaje aquel deseo de aventuras que entonces animaba á la juventud española.

Cuando, llegado á Roma, oyó los rumores que corrían sobre San Ignacio, quedó avergonzado de haber venido á buscar á un hombre de quien tantos males se decían, y procuró buenamente disimular que era pariente suyo. Mas cuando, pasada la tormenta, vió celebrada por todos la inocencia y virtud de nuestros primeros Padres, mudó enteramente su corazón, y, franqueándose con Ignacio, se determinó á los pocos lances á entrar en Ejercicios (2). En ellos conoció la voluntad de Dios, y á principios de 1539 entró en la Compañía. «Fué una de sus primeras pruebas, dice Polanco, que cargado de sedas con que venía vestido, se fué á predicar en los bancos, y como era vehemente de natura, entró mucho en mortificaciones y penitencias y devoción» (3). Con estos fervores empezó la vida religiosa el primer jesuita que había de venir á España.

6. En el mismo año de 1539, según parece, por el verano, trajo Dios á la Compañía un canónigo de la iglesia metropolitana de Valencia y natural de esta misma ciudad. Trabajaban apostólicamente en Parma los PP. Fabro y Laínez, quienes, después de las conferencias de Roma, de que hablamos en el cap. VI, habían sido enviados allí en compañía del cardenal de Santángelo. La fama del copiosísimo fruto que recogían llegó á oídos de Jerónimo Doménech (así se llamaba el canónigo valenciano), que con algunos amigos se dirigía de Roma á París. Acercóse á nuestros Padres con la natural curiosidad de conocer á hombres de quienes tanto se hablaba. Fabro y Laínez le indujeron suavemente á retirarse por algunos días á los santos Ejercicios. El efecto de ellos fué despedirse al instante Doménech de sus compañeros, avisándoles que continuasen ellos su camino hacia París, porque él había determinado seguir la vida de los PP. Fabro y Laínez. Asombráronse aquéllos de tan inesperada mudanza, y quisie-

(1) *Sumario de la Vida del P. Ign., ad finem.*

(2) Ribadeneira. *Ubi supra.*

(3) *Sumario. Ubi supra.*